

La controversia sobre los alemanes corrientes y el holocausto

ANTONIO FERNÁNDEZ GARCÍA
Departamento de Historia Comtemporánea (UCM)

Puede formarse una biblioteca —la poseen los Institutos especializados, así como fondos documentales ingentes— con la publicística en torno al holocausto, uno de los acontecimientos culminantes de la historia de este siglo que acaba, recordado por Isaiah Berlin como «el siglo más terrible de la historia occidental», opinión que, en coincidencia con la de William Golding: «ha sido el siglo más violento en la historia humana», toma como referente fenómenos cuya raíz se hunde en estratos oscuros de la naturaleza humana. Entre ellos destaca con trazos negros el tema del genocidio judío, programado por la ideología criminal del nazismo. Una pléyade de estudios nos permite conocer las cifras de víctimas y los mecanismos genocidas, en particular la naturaleza y dimensión de los campos de concentración, tema de sucesivos debates y congresos. Los nombres de Henry Michel, Olga Wormser-Mignot, Kogon, Langbein, Rückerl, el Congreso de 1982, o la miscelánea de trabajos de Bracher, Broszat, Fest, Hildebrandt etc. jalonan esta trayectoria investigadora¹. Conocemos las víctimas y los mecanismos de la política de exterminio, y por supuesto se ha prestado atención historiográfica a los verdugos, al menos en su nivel máximo, la cúpula nazi. En la impresionante documentación procesal de Nuremberg² se encuentran las pruebas de la responsabilidad de los dirigentes y de algunas organizaciones —S.S., Gestapo, S.D. (Policía de ocupación)—, pero quedó pendiente la necesidad de establecer el nivel al que se habría de descender en el organigrama de la Alemania nazi para calificar a los responsables. Los juicios que siguieron la jurisprudencia del gran

¹ H. Michel, *Tragedie de la deportation*, París, Hachette, 1954. Olga Wormser-Mignot, *Le Systeme concentrationnaire*, París, P.U.F., 1968. E. Kogon, H. Langbein, A. Rückerl (eds.), *Le chambres à gaz, secret d'Etat*, París, ed. de Minuit, 1984. R. Aron, F. Furet (dir), *La'Allemagne nazie et le génocide juif*, París, Gallimard/du Seuil, 1985. K. D. Bracher, M. Brozzat, J. Fest, K. Hildebrandt et alii: *Devant l'Histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des juif par le régime nazi*, París, du Cerf, 1988.

² A. Fernández García, J. L. Rodríguez Jiménez, *El juicio de Nuremberg cincuenta años después*, Madrid, Arco («Cuadernos de Historia»), 1996.

proceso de 1945-46 llegaron a probar la responsabilidad de sectores diversos: generalato, judicatura, banca, industria, diplomacia; no obstante, subsistían interrogantes en torno al grado de conocimiento por el pueblo alemán de estos crímenes. En el Congreso Internacional de Buenos Aires³, de septiembre de 1993, convocado con motivo de la apertura de los «archivos nazis» por el gobierno argentino, David Bankier, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, presentó entre sus conclusiones la de que el pueblo alemán conoció las líneas generales del genocidio y la institución de los campos de concentración. Esta línea de investigación se detuvo en el umbral de la cuestión, porque seguramente el grado de conocimiento de todos los sectores no fue idéntico. En cualquier caso se hablaba de conocimiento, simplemente, no de responsabilidad. La noción de responsabilidad colectiva fue rechazada siempre por los alemanes, actitud que tuvo una de sus expresiones públicas en el pronunciamiento del primer presidente de la República Federal de Alemania, Theodor Heuss, quien en un discurso equiparó la noción de responsabilidad colectiva de los alemanes con la de culpabilidad colectiva proyectada por los nazis contra el pueblo judío.

Un libro reciente⁴, tesis doctoral en su origen, ha llevado la acusación del conocimiento a una nueva frontera, la de la responsabilidad, presentando la colaboración del pueblo alemán, en conjunto, como necesaria y voluntaria. Daniel Jonah Goldhagen, profesor de Harvard, considera a los alemanes corrientes «verdugos voluntarios» de Hitler. Se trata de una bomba historiográfica, comparable al estudio de Fischer: «Griff nach der Weltmacht» («Los objetivos de guerra de la Alemania imperial») sobre la responsabilidad germana en el desencadenamiento de la primera guerra mundial, que desató una tensa polémica académica y extraacadémica. Con respecto a los orígenes de la segunda, después de 1945 predominó la explicación «intencionalista», que atribuyó toda la responsabilidad a Hitler y su política expansiva, completada por la explicación «funcionalista», sostenida entre otros por Mommsen, quien atribuyó a un proceso interno, que denominó «radicalización acumulativa», la evolución del régimen hacia la intensificación de sus rasgos y en especial hacia la programación del genocidio. La explicación «extensiva» de Goldhagen se centra en los ejecutores del genocidio en su nivel de realización, no de programación o de escritorio, y abarca al conjunto de los ciudadanos alemanes en la dinámica del exterminio, con una amplitud que rebasa otros estudios; por ejemplo, el de un colega suyo en Harvard, Christopher Browning, primer investigador del Batallón Policial 101⁵, o los trabajos del Instituto de Investigación Sociológica de

³ D. Bankier, «Los alemanes y el genocidio judío. Conciencia, memoria y represión». En B. Gurevich, C. Escudé, *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella/Grupo Ed. Latinoamericano, 1994.

⁴ Daniel Jonah Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto*, Madrid, Taurus, 1997. 752 pp. Título original: *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*.

⁵ Ch. R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper Collins, 1992.

Hamburgo, que analizan el proceso por el que hombres normales se convierten en criminales, o los estudios de Víctor Klemperer sobre la vida cotidiana en la Alemania nazi. Goldhagen aprovecha el trabajo de Browning, pero lo descalfica por la prudencia de sus conclusiones, y partiendo de las mismas fuentes llega a resultados completamente diferentes.

Aunque ha recibido algunos apoyos, en general el estudio de Goldhagen ha suscitado reservas entre los máximos historiadores del nazismo y ha sido blanco de críticas acerbas por autores como Browning, Frei, Mommsen o Zimmermann, especialistas en el tema del holocausto. En Alemania el libro ha despertado, como era de esperar, emoción y en cenáculos académicos indignación. Una serie de artículos de diferentes historiadores en «Die Zeit», una mesa en Hamburgo, debates en la Universidad de Berlín y en el Instituto Meinecke, y más tarde en Frankfurt, en algunos de ellos con participación del autor norteamericano, son algunas de sus ondas⁶. Entre los críticos, casi solo Hans-Ulrich Wehler ha intentado colocar algunos elogios al lado de observaciones negativas, en tanto Volker Ulrich, redactor de «Die Zeit», considera el libro una provocación, Christopher Browning opina que la demonización no ayuda a la comprensión del holocausto, Julius H. Sheeps, director de Estudios Judeo-Europeos en Potsdam, rechaza la tesis de la aceptación tácita por los alemanes, y el escritor ruso Lev Kopelev reprueba en esta obra el desconocimiento de la psicología del Estado totalitario, observación que, como indicaremos, nos parece clave en la controversia Goldhagen. En los debates con el autor han participado especialistas y directores de centros de investigación sobre el holocausto o los genocidios, por ejemplo Reinhard Rürup, presidente de la Fundación «Topografía de los Terrores». Y tres historiadores de renombre: Gordon A. Craig, profesor de Stanford y autor de algunas monografías clásicas sobre la historia del siglo xx; Eberhard Jäckel, profesor en Stuttgart y autor de un análisis penetrante sobre el ideario del Führer, y Hans Mommsen, uno de los historiadores más prestigiosos sobre el holocausto y sobre los orígenes de la segunda guerra mundial, maestro al que Goldhagen ha procurado tratar con respeto, olvidando el tono provocativo que ha mantenido con sus detractores⁷.

Nos parece tan capital el tema y, por añadidura, ha sido tan áspero el tono de las réplicas que creemos merece la pena el examen de las líneas del estudio de Daniel Goldhagen y los argumentos de sus críticos, dejando para el final nuestra lectura de este importante y polémico libro.

La tesis de Goldhagen sostiene que sin la aportación consciente de millones de alemanes corrientes, imbuídos de una cultura antisemita destructiva, hubiera sido inoperante el designio nazi y no se hubiera producido el holocausto, el

⁶ *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1997. Recoge los artículos publicados en *Die Zeit*, la réplica del autor y las mesas redondas celebradas con motivo de su gira por Alemania.

⁷ Vid. Eberhard Jäckel, *Hitler ideologue*, París, Gallimard, 1995. Hans Mommsen, *From Weimar to Auschwitz. Essays in German History*. Oxford, Polity Press, 1995.

fenómeno más terrible de este siglo. En demostración de esta hipótesis de la participación voluntaria de hombres normales convertidos en verdugos, el autor, con un planteamiento de escala histórica, enumera una serie de pasos que llevarían desde el antisemitismo medieval hasta las prácticas aberrantes de la persecución de los judíos en la sociedad alemana bajo los nazis. Aunque se les conceda extensión desigual, puesto que el análisis del autor se centra en la época de estudio y contempla con óptica panorámica las etapas precedentes, podríamos señalar ocho estadios en la cristalización histórica del antisemitismo nazi:

1. Proyección europea y plurisecular del antisemitismo. Fundamentada en la acusación de deicidio, la judeofobia fue una constante en todas las naciones cristianas desde la época medieval.

2. Antecedentes del antisemitismo alemán. Los textos de Lutero prueban la intensidad de ese sentimiento entre los pensadores religiosos germanos.

3. Evolución en Alemania, a mediados del siglo XIX, del antisemitismo clásico hacia el antisemitismo eliminador. Este capítulo ha sido criticado por varios historiadores, que creen que Goldhagen procede a un examen selectivo cuando no a una lectura sesgada de los documentos. Es curioso que en la antología de pensadores que invoca olvide —quizás porque se limita a los germanos— algunos de los más conocidos por sus tesis en torno a la superioridad de la raza aria, casos, entre otros, de Houston Stewart Chamberlain o Joseph Arthur de Gobineau.

4. Exasperación del sentimiento antijudío durante la primera guerra mundial. Para muchos alemanes, en una exégesis concreta de la «puñalada por la espalda», los judíos eran culpables de la guerra y de la derrota, acusación que se consideró un axioma apodíctico, no necesitado de prueba, y que se intensificó con la crisis económica de la República de Weimar.

5. Impregnación del sentimiento antijudío en la sociedad alemana a lo largo de los años veinte, hasta el punto de que sólo se esperaba un «puente» que ayudase a los alemanes a cruzar sobre los reparos morales que plantea la eliminación de un grupo social nocivo. La generalización a todos los alemanes, sin distinción de grupos ni personalidades, ha parecido abusiva a varios historiadores. Eberhard Jäckel lleva sus reparos hasta la ironía: «Al parecer eran todos ellos antisemitas, lo mismo Hitler que Himmler, tanto Thomas Mann como Karl Barth»⁸.

6. Implantación del régimen nazi, que hizo realidad el objetivo del antisemitismo eliminador, el paso de una ideología a una política. Fue el factor diferencial que singularizó a Alemania en un continente con sentimientos ancestrales de fobia al judío y bastantes etapas de persecuciones. Sin nazismo el antisemitismo se hubiera recluso en el terreno del pensamiento, o a lo sumo cristalizado en un sentimiento social difuso, y no se hubiera producido el ho-

⁸ E. Jäckel, «Sencillamente un mal libro». En *La controversia Goldhagen*, p. 34.

locausto, punto en el cual el historiador de Harvard se desenvuelve dentro de los parámetros de la historiografía sobre el nazismo.

7. Apoyo del conjunto de la ciudadanía alemana, inducida por un antisemitismo secular, a las medidas de los nazis. En la tesis de la no pasividad de los alemanes el autor da un salto cualitativo con respecto a la publicística anterior. «En muchos dominios diferentes y sobre muchos temas distintos, los nazis no “adoctrinaron” al pueblo alemán (dicho de otro modo, no les convencieron de la sabiduría o la justicia de sus posiciones o sus políticas) y los alemanes hablaban claro y expresaban su disensión y oposición a muchas de esas políticas. Las diferentes respuestas de los alemanes (aceptar y apoyar el programa eliminador mientras disentían de otras políticas nazis e incluso actuaban contra ellas) evidencian con una claridad inequívoca que no se debe considerar al pueblo alemán como peones pasivos o víctimas aterrorizadas de su propio gobierno» (p. 158). La tesis del autor se expresa en este párrafo con toda rotundidad.

8. La participación de los alemanes en el genocidio se demuestra mediante el análisis de instituciones concretas, en las cuales los agentes o parte de ellos no eran nazis, y cuyo trabajo se desarrolló en condiciones en las que podían negarse, sin riesgo para ellos, a la participación en los asesinatos. El libro estudia minuciosamente tres instituciones: los batallones policiales, los campos de exterminio y las marchas de la muerte. En tanto los campos de concentración ya habían sido estudiados exhaustivamente, la aportación de este libro a las otras dos instituciones resulta muy estimable y novedosa.

No se presenta una tesis rupturista sin desmontar las tesis anteriores, y así lo pretende Goldhagen, al desechar por erróneas las teorías de la coacción, obediencia, presión psicológica, interés y miopía. La Introducción es el lugar idóneo para oponerse en cadena a las explicaciones usuales, refutación sobre la que volverá más por extenso al final de su estudio⁹. La presión externa, la amenaza del castigo, recibe el primer embate en su derribo de fichas y seguramente se inserta con más persistencia en la línea argumental a lo largo del libro entero. Tampoco le convence la afirmación de que los perpetradores obedecían las órdenes a ciegas, aunque fueran las de autoridades de un régimen severo. Ni la presión psicológica de tipo social, bajo la cual los individuos se encuentran en dificultades para resistir y se dotan de mecanismos psíquicos para racionalizar sus actos. Con la misma contundencia rechaza que los ejecutores fueran «burocratas mezquinos o tecnócratas desalmados», obsecuentes en aras de garantizar su futuro profesional. Y no acepta la tesis de la fragmentación de los cometidos, según la cual los perpetradores no podrían comprender la naturaleza de sus acciones.

Tras rechazar las teorías anteriores, partir de la cooperación necesaria del pueblo alemán y documentar que tal cooperación se prestó de forma no forzada, la conclusión no puede ser más demoledora: «Durante el periodo nazi,

⁹ D. J. Goldhagen, *Los verdugos...*, pp. 31-33, y 467 y ss.

Alemania estuvo habitada por personas con creencias sobre los judíos que las predisponían a convertirse en verdugos de masas voluntarios» (p. 559). Aunque en los debates posteriores el autor pretenda una interpretación defectuosa de su tesis, lo cierto es que en el Epílogo habla de «extraer esta conclusión sobre el pueblo alemán. Ser una persona normal y corriente en la Alemania que se entregó al nazismo era tanto como pertenecer a una cultura política extraordinaria y letal. A su vez, que la cultura política alemana produjese unos asesinos tan voluntariosos sugiere que tal vez se trataba de una sociedad que había sufrido otros cambios importantes y fundamentales, sobre todo cambios de las ideas y morales» (pp. 559-560).

En el fuego cruzado de los críticos se han empleado proyectiles de calibre tan diverso que, no pareciéndonos oportuno introducirnos en los humos de la batalla, nos limitamos a resaltar algunos argumentos, por destacables o por coincidentes.

El primero, anotado por la mayoría de los detractores, se refiere al abuso extensivo o generalizador en el que incurre Goldhagen, hasta el punto de que Gordon Craig se pregunta si describe un pueblo de antisemitas. La universalización del antisemitismo se sostiene silenciando los grupos opuestos a la política antisemita, en los que se integraron liberales de izquierda y socialdemócratas. Porque un sentimiento popular antisemita se experimentó en Rusia, Polonia y Francia —como se comprobó en el affaire Dreyfus—, pero también en estos países, con los que nunca se intenta un análisis de historia comparada, se movilizaron grupos contrarios a la discriminación o persecución de los judíos. «Goldhagen parte siempre del supuesto de que la población de Alemania se componía exclusivamente de dos grupos, a saber, los judíos y los alemanes que los odiaban, y con ello se ahorra tener que señalar excepciones», señala Craig. En un debate con Goldhagen, en el que el historiador de Harvard se sacude con energía la acusación de «culpabilidad colectiva», inexistente —según él— en su libro, Reinhard Rürup le replica: «Pero el señor Goldhagen dice otra cosa. No dice *alemanes* sino *los alemanes*». Ulrich Herbert, profesor de la Universidad de Friburgo, calcula que por muy extendido que estuviera el antisemitismo —un treinta, un cuarenta o un cincuenta por ciento de la población antes de 1933— siempre se encontraba con una decidida oposición¹⁰.

Jäckel cuestiona la base misma de la tesis, que el antisemitismo alemán fuera de naturaleza diferente al de otros pueblos. Reconociendo que se erigió en vector del nazismo, constata su existencia anterior en la sociedad alemana sin los rasgos de la versión criminal del periodo nazi. Por otra parte se había producido, en el momento del ascenso del nazismo, un cierto retroceso de este sentimiento. Que fuera más intenso en Alemania que en otros países fue cuestionado por George Mosse, autoridad indiscutible en la cultura del nazismo y de la cultura europea contemporánea. Pero Goldhagen, según Jäckel, soslaya las

¹⁰ G. A. Craig, «¿Un pueblo de antisemitas?», R. Rürup, en *Discusión con Daniel Goldhagen*, U. Herbert, «Del corazón de la sociedad». En *La controversia Goldhagen*.

comparaciones; de ahí que no mencione la masacre de Odesa en 1941, perpetrada por los rumanos, similar a la de Babi Yar en Kiev. Wehler¹¹ califica la culpabilidad colectiva de «cuasirracismo» y duda asimismo de la especificidad del antisemitismo alemán, que requiere claves interpretativas que habrían de aplicarse a otros pueblos, para comprender las matanzas de armenios por turcos, o las persecuciones étnicas de Stalin, o incluso, pensando en la nacionalidad de Goldhagen, el exterminio de los indios americanos o la matanza de vietnamitas en My Lai.

Que han de buscarse otras claves explicativas fue propuesto antes que nadie por Browning. En su análisis de los batallones de policía comprobó que no todos sus individuos mataban y que era amplio el grupo de los conformistas, refugiados en la postura menos comprometida de la pasividad. Concluye Browning que ha de buscarse el motivo del genocidio no en un modelo cognitivo único sino en la combinación de factores ideológicos y emocionales. Goldhagen señala repetidamente que los judíos fueron peor tratados que otras víctimas nazis, pero, citando una represalia masiva en la aldea polaca de Niezdow por el asesinato de un alemán, se pregunta Browning: «¿Se puede estar, entonces, tan seguro como Goldhagen de que estos hombres no habrían matado igual de sistemáticamente a hombres, mujeres y niños polacos si ésta hubiera sido la política del régimen?»¹². La política y los factores situacionales aparecen como elementos insoslayables para el análisis. La complejidad de los factores ha sido exigida por Mommsen, quien no niega ni la participación amplia de la sociedad alemana ni el conocimiento de lo que ocurría, pero localiza la iniciativa en una minoría fanática, de cuya propaganda resultaba casi imposible evadirse, como señaló Martín Broszat. «El antisemitismo aparece como una condición necesaria, pero en absoluto suficiente, para explicar el recurso a la “solución final”», propone Mommsen, quien enumera la «mezcla de fanatismo ideológico, de aberración psicopatológica, de indiferencia moral y de perfeccionismo burocrático»¹³.

En nuestra opinión, resulta especialmente consistente la crítica del escritor ruso Lev Kopelev, a quien le parece anticientífico presentar a Hitler como la cima de una evolución, el realizador de la voluntad de exterminio de la mayoría de la población alemana. «Tanto esa tesis como el método empleado para intentar demostrarla contradicen los hechos históricos y los fundamentos de la investigación científica». Porque en muchos países hubo pensadores antisemitas. Y Alfred Rosenberg, principal teórico del nazismo, que había estudiado en

¹¹ H. U. Wehler, «Como una espina clavada». En *La controversia Goldhagen*.

¹² Ch. R. Browning, «La demonización no aclara nada». En *La controversia Goldhagen*, p. 18.

¹³ H. Mommsen, «La sutil página de la civilización». En *La controversia Goldhagen*, p. 108. A pesar de ello Mommsen reconoce a Goldhagen el mérito de haber probado que en la puesta en marcha del holocausto intervino un número de personas «aterradoramente amplio» y que «es casi imposible negar que la mayor parte de la población no conocía en absoluto o no conocía suficientemente estos crímenes», *ibidem*, p. 104.

Moscú, extrajo sus principales ideas de las «Centurias negras» rusas. El análisis debería centrarse en la peculiaridad de las sociedades totalitarias. Porque, ¿sería razonable acusar de las matanzas de Stalin a doscientos millones de «verdugos voluntarios»? El juicio de Kopelev es severísimo: «Esa “lógica” de la globalización que conduce a la culpabilización de la “mayor parte de una nación” demuestra la asombrosa ignorancia de la vieja y nueva historiografía europea y de su incapacidad para comprender la psicología de las gentes en los estados totalitarios particularmente en un contexto de “guerra total”»¹⁴.

La réplica de Goldhagen: «El fracaso de los críticos»¹⁵ exhibe la confianza un tanto airada del autor en su tesis. No le parece imprescindible afrontar un análisis de historia comparada porque sólo en Alemania se produjo el holocausto, como resultado del cruce de tres factores: la llegada al poder de un grupo antisemita radical, un territorio social en el que se compartía ampliamente el punto de vista de la minoría antisemita, y una nación, Alemania, que se encontraba en la posición geopolítica de intentar una política de exterminio a gran escala. De faltar algún factor el holocausto no hubiera tenido lugar. Mayor temperatura que en el tema de los factores ha alcanzado el debate en la cuestión de la culpabilidad colectiva. «La “culpa colectiva” es un concepto insostenible que rechazo categóricamente y que es ajeno a mi libro», escribe, argumentando que «la responsabilidad individual estaba mucho más extendida» de lo que se había admitido.

Nos permitimos recalcar, con las citas antes recogidas y otras muchas que el lector puede encontrar, que Goldhagen no habla estrictamente en su libro de extensión de responsabilidades individuales —en coincidencia con la opinión más extendida en la comunidad científica— sino de un elemento causal, el antisemitismo eliminador virulento, que afectó a la sociedad germana en su conjunto. Los críticos no se han dejado convencer e insisten en el rechazo de los métodos y las conclusiones. En el debate en la Universidad Libre de Berlín, en la mesa de varios historiadores con el autor, apuntó Mommsem que del hecho de que los miembros de los batallones de policía procedieran de todas las capas sociales pretendía extenderse la responsabilidad al conjunto de la población: «En tanto que historiador experimentado no puedo admitir ese género de generalizaciones».

Es el momento de completar este análisis con nuestra lectura personal. Si nos hemos ocupado de este libro no se debe únicamente a que suponga una aportación novedosa al tema incomprensible y diabólico del holocausto y de manera más general al nazismo, una de las claves de este siglo de violencia, sino porque irrumpe en el argumento más amplio de la situación y comportamiento de los ciudadanos en el seno de un estado totalitario¹⁶, deparándonos preguntas y respuestas que habrían de formularse con respecto a los italianos bajo Mussolini, los rumanos bajo Ceaucescu, los alemanes orientales durante el

¹⁴ L. Kopelev, «En contradicción con la historia». En *La controversia Goldhagen*, pp. 138-139.

¹⁵ D. J. Goldhagen, «El fracaso de los críticos». En *La controversia Goldhagen*, pp. 65-99.

¹⁶ Yves Ternon, *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo xx*, Barcelona, Península, 1995.

mandato de Honecker, y, ante todo y sobre todo, los rusos bajo Stalin, por citar únicamente experiencias totalitarias europeas. El libro que examinamos se nos presenta como una monografía demoledora sobre la crueldad del holocausto; pero como trabajo académico, en su calidad de tesis de doctorado, nos parece inconsistente. Sobran páginas y descripciones en torno al sadismo de los verdugos, sin que, por el contrario, se acredite convincentemente la tesis que se intenta demostrar. Porque ya sabíamos que extensos sectores sociales habían apoyado a Hitler; y aunque lo ignoráramos tendríamos que suponerlo, puesto que sin bases sociales no es concebible una dictadura.

La tesis de Goldhagen tiene un hilo conductor: la capacidad del ciudadano alemán para oponerse a los designios nazis, libertad que ejerció en otros temas mientras aceptaba cordialmente la persecución contra los judíos porque se inscribía en el universo mental y moral que las generaciones germanas habían elaborado desde un siglo antes. Al partir de la hipótesis de la autonomía cívica, el historiador de Harvard demuestra que conocer la historiografía sobre el holocausto no implica dominar la historiografía sobre el nazismo, puesto que desecha, sin examen crítico, las aportaciones de docenas de historiadores sobre el grado extremo de control que los nazis llegaron a ejercer sobre el conjunto de los ciudadanos alemanes. Esta enajenación se consiguió tanto por la utilización de medios de control sofisticados como por el monopolio de la información y el empleo martilleante de la propaganda. Basta leer «El Estado nazi» de Martín Broszat, o, por reducirnos a una cita única, la evolución interior del III Reich descrita por Norbert Frei, especialista de Munich en la prensa alemana del periodo, que acredita que la pérdida de la independencia mental afectó incluso a los intelectuales: «De hecho, se observaba, al contrario, la rápida prosecución del declive de la conciencia política y sobre todo de la razón crítica en el seno de la burguesía liberal democrática y entre los intelectuales»¹⁷. Hemos de suponer que el declive de la conciencia afectó antes a lo que Goldhagen llama «alemanes corrientes».

No parece método adecuado presentar disminuídos los instrumentos de control, entre ellos la Gestapo, en contradicción con su extensión tentacular descrita por los especialistas¹⁸. «Dentro de la sociedad alemana, la imposición de las leyes y regulaciones “raciales” dependía en gran manera de la información voluntaria proporcionada a la Gestapo, puesto que, contrariamente a la imagen mitológica que se tiene de ella, era una institución con una extremada escasez de personal, incapaz de vigilar a la sociedad alemana por su cuenta» (p. 159), dice Goldhagen. Quizás la expresión «imagen mitológica» haya disgustado a algunos autores, sin embargo más discutible nos parece que se deduzca una capacidad de actuación insuficiente de una policía política a partir del número de sus componentes, si consideramos que existían otras instituciones de control y que muchos

¹⁷ N. Frei, *L'État hitlérien et la société allemande. 1933-1945*, París, du Seuil, 1994, p. 77. Vid. asimismo D. Welch, *The Third Reich. Politics and Propaganda*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993.

¹⁸ Gellatell, v. *infra*, nota 21.

ciudadanos podían calificarse como agentes colaboradores desde su puesto burocrático. Nos viene a la memoria la portera que anotaba entradas y salidas e interfería llamadas telefónicas del profesor, en la novela «Sostiene Pereira» de Antonio Tabucchi; ¿no debería contabilizarse también entre los agentes de seguridad salazaristas aunque no aparezca en las nóminas de la policía política?

El problema, insistimos, estriba en la óptica con que es contemplado un estado totalitario por un profesor norteamericano, que se permite realizar una serie de comparaciones con su país, libre históricamente de cualquier experiencia de totalitarismo. Hanna Arendt apuntó entre los rasgos del totalitarismo incluso una nueva concepción de culpa o delito, que no consiste en un hecho cometido sino en un acto imaginario, cuya sentencia viene dictada por un poder sin límites como una advertencia para el resto de los ciudadanos. Seguramente la gran pensadora se admiraría al leer que en uno de los modelos más puros de totalitarismo, la Alemania nazi, los ciudadanos disfrutaban del grado de autonomía que en el libro que comentamos se les adjudica. El totalitarismo corrige lo que el individuo tiene de peligroso para el conjunto social, sostiene Maffesoli¹⁹, conjunto social que es conformado, moldeado, esculpido conforme a la imagen del mundo y del hombre que el poder profesa.

Si los ciudadanos alemanes no eran tan libres como para ejercer voluntariamente de verdugos, la extensión de las responsabilidades de los crímenes raciales al conjunto de la ciudadanía resulta abusiva, y margina y olvida no ya a los sectores pasivos sino también a los grupos de resistencia que se opusieron, jugando con las últimas posibilidades del silencio y la clandestinidad, a la política de Hitler. El estudio de Klemens von Klemperer²⁰ sobre la oposición se convierte en literatura de ficción si se acepta con todas sus consecuencias la unanimidad popular que se desprende de las páginas de «Los verdugos voluntarios», porque aunque Goldhagen la limita a la política racial y antisemita, se inscribe tan geoméricamente «la solución final» dentro de la guerra que parecen contradictorias las dos tesis, la de la unanimidad y la de la oposición: unanimidad en el genocidio, oposición en el proceso bélico.

Resulta, por último, extraño que se considere «normales» a los miembros de los batallones de policía, guardianes de campos de concentración y conductores de las terribles reatas de prisioneros agonizantes de las marchas de la muerte. Que no pertenecieran a las S.S., aunque en sus cuadros también figuraran miembros de esta institución vertebral, es un dato poco concluyente, porque se examinan actuaciones institucionales, y los especialistas en psicología de grupo podrían apuntar algunas ideas sobre el grado de autonomía de que disponen los individuos dentro de asociaciones de esta naturaleza.

Un párrafo al menos se merece el estilo descriptivo minucioso y reiterante elegido por el historiador, impropio, creemos, del trabajo académico. En uno de

¹⁹ M. Maffesoli, *La violencia totalitaria*, Barcelona, Heerder, 1982. p. 204.

²⁰ Klemens von Klemperer, *German Resistance against Hitler. The Search for Allies abroad. 1938-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1994.

los debates con el autor, Jürgen Kocka atribuyó el éxito del libro a su tono truculento, con descripciones acerca del comportamiento de los verdugos que llegan al límite de lo soportable. «Se aproxima a la estética de los medios de comunicación», apuntó inteligentemente. A la marcha desde el campo de prisioneras de Helmbrechts, en los últimos días de la guerra, se le consagran páginas y más páginas, agotadoras, para insistir en el sadismo de los verdugos. Es una descripción dantesca, que tendría su sitio en el periódico, el documental de televisión o el sumario judicial, pero que no facilita la comprensión del fenómeno que el historiador examina. El trato de los antiguos asirios a los pueblos vencidos, las cabalgadas de Atila por Europa Central o de Gengis Khan por las mesetas centroasiáticas, la campaña de Basilio II el bulgaróctono en la que ordena se le arranquen los ojos a varias decenas de miles de prisioneros, diversos episodios de Iván el Terrible, etc., etc., podrían escrutarse con este enfoque de entomólogo. Pero si entre los objetivos del historiador está comprender y explicar hechos y fenómenos sociales más dudoso es que tenga la misión de emocionar, soliviantar, indignar, convulsionar la conciencia, provocar vómitos, privar del sueño al lector. Las purgas y deportaciones de Stalin han sido estudiadas, sin que los especialistas se hayan sentido tentados al empleo de los procedimientos descriptivos de Solzenitsyn. Incluso los supervivientes de los campos de exterminio —Primo Levi, Elie Wiesel, Eugen Kogon— se han elevado en sus relatos hasta la contemplación filosófica del sufrimiento y de la crueldad, sin paralizarse en la visión desde abajo, caravaggiesca, del reino del hambre, la enfermedad y el látigo.

En un relato intenso, ungido por los aceites de la nostalgia y el peso de los recuerdos, «El retorno», el tercero de una trilogía, un huido del horror, Fred Uhlman, pone en boca de uno de sus personajes la pregunta sobre el enigma: «Casi la mitad de los electores alemanes votaron por aquel loco. ¿Cómo puedes explicar que la mitad de la población de un país que produjo a Goethe y Schiller, a Beethoven y Bach, y las más hermosas ciudades antiguas, y templos del saber, se dejase arrastrar por aquel demente?» Nos tememos que el «modelo cognitivo cultural de los judíos que imperó en Alemania en la época nazi» no sea la respuesta, al menos en la dimensión omnicompreensiva que Goldhagen pretende. Con el examen de los fondos documentales más completos sobre el comportamiento de los ciudadanos bajo el nazismo, los correspondientes a los archivos de la Gestapo, no se comprueba la actitud extendida de colaboración cívica en la persecución de los judíos. Así lo ha acreditado uno de los especialistas, Robert Gellately: «Debemos mantener celosamente el cuidado de no subestimar el número de ciudadanos que de una u otra manera ofecieron ayuda y refugio a los judíos»²¹. Si en algún argumento el historiador debe moverse con la prudencia del cirujano es precisamente en el del holocausto, un fenómeno terrible y sombrío en el que surge la tentación de extender la culpa.

²¹ Robert Gellately, *The Gestapo and German Society, Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1990.